

GG

Colección Punto y Línea

Lionel Richard
**Del expresionismo
al nazismo**

Hans Heinz Holz
**De la obra de arte
a la mercancía**

Alfredo De Paz
La crítica social del arte

Enrico Carontini/
Daniel Peraya
**Elementos de
Semiótica general**

Javier Coma
**Del gato Félix al gato
Fritz**
Historia de los comics

Marcello Giacomantonio
**La enseñanza
audiovisual**

Dan Pedoe
La geometría en el arte

Colección Comunicación Visual

R. L. Birdwhistell
**El lenguaje de la
expresión corporal**

Arnau Puig
**Sociología de las
formas**

Jean-François Lyotard
Discurso, Figura

Editorial
Gustavo Gili, S. A.

CINE

"Las amigas"

Presentada en el Festival de Cannes de 1978 (y no en el último, como dice la publicidad española), "Las amigas" se transformó en "la película del Festival" fuera de concurso, hasta el punto de que hubo que aumentar considerablemente las proyecciones previstas. "Las amigas" ("The girlfriends") había sorprendido por la sabiduría de su joven realizadora —Claudia Weill, treinta y un años— al ofrecer un insólito panorama de la vida neoyorquina a través de la soledad de un entrañable personaje femenino: la gordita y desamparada Susan que no acaba de encontrar un lazo fuerte en la vida tras la desertión que para ella supuso el abandono del apartamento común de su íntima amiga Ann, que decidió casarse. Lejos de cualquier historia homosexual o de un fácil panfleto feminista, Claudia Weill ofrece una historia de dependencia y de liberación ampliable a muchos otros personajes —masculinos y femeninos— y en términos muy simples. Susan debe encontrar

un nuevo camino profesional y sentimental en su vida; los intentos para lograrlo, sus fracasos, sus dudas y sus pequeños éxitos forman el "argumento" de la película, incomprensible, por otra parte, si no se contempla el extraordinario trabajo interpretativo de Melanie Mayron en el personaje de Susan.

Es en ella donde reside la fuerza de la película: en su humor, su ternura, su tristeza... Hay que asombrarse ante esta actriz que da vida a un personaje lleno de matices, de sorpresas y contradicciones, con un talento poco común. Porque en esos elementos psicológicos es donde pueden encontrarse las intenciones de Claudia Weill. "Las amigas" es una película sin pretensiones trascendentes, sin claves ocultas. Por el contrario, le basta con ser un retrato cotidiano donde la vida íntima de un personaje solitario sirve al entendimiento de las dificultades generales para soportar la vida en una sociedad organizada sobre esquemas y tópicos.

La justa aversión contra el generalmente hortera cine americano debe ser corregida ante una película como ésta, realizada de forma independiente (con el dinero de una beca del American Film Institute) y con unos criterios "europeos" que a todos pueden afectarnos. ■ DIEGO GALAN.

"Las amigas", de Claudia Weill.



"Phantasm"

Precedida del recentísimo primer premio del Festival de Cine Fantástico de Avoriaz, donde el superespecialista del terror Roger Corman gritó de entusiasmo al verla (lo que era, sin duda, importante, siendo Corman el presidente del Jurado), "Phantasm" desconcierta ahora a muchos espectadores, que no encuentran en la película las terroríficas secuencias que la publicidad promete ni el morbo típico de algunos de estos productos de género. Generalmente, se olvida que el cine de terror tiene una clarísima relación con el humor y que la imaginación de los guionistas es más rica cuanto más enloquecida. Humor y poesía son características de los grandes clásicos ("Drácula", "Frankenstein", "Dr. Jekyll y Mr. Hyde", "El perro de Baskerville"...) y de los famosos autores que continuaron el género en el cine: Hitchcock, Roger Corman y sobre ellos el desaparecido William Castle (no hay que olvidar su excelente "Homicidio"). Humor y terror eran también los ingredientes de la reciente obra maestra del género, "El fantasma del paraíso", del enloquecido Brian de Palma, e igualmente lo eran en la obra cumbre de estos últimos años "La matanza de Texas". Es decir, que ahora los espectadores sonríen ante "Phantasm": porque consideran que está mal hecho o que es grotesco lo que ellos creen que tenía que darles miedo, es absurdo. El miedo de "Phantasm" es sólo el previo miedo al miedo de cada espectador ante lo que va a ver, pero no el desarrollo de la historia ni, por supuesto, la historia misma. Esta es nada menos que la de unos ladrones de cadáveres que reducen los cuerpos a la mitad introduciéndolos en tinajas especiales para venderlos luego como esclavos en otra dimensión de la realidad. ¿Cómo pretenden esos espectadores que Don Coscarelli, joven director de veintiséis años que realiza en "Phantasm" su tercer largometraje, quiere que el público se aterre con esta anécdota? Lo que pretende realmente es que suelte la gran carcajada —si se quiere, una carcajada inquieta, porque previamente ha ido planteando su historia con pequeñas situaciones extrañas, pero una carcajada al fin y al cabo. Y hay que felicitar a "Phantasm" por esa serie

de pequeñas e incomprensibles situaciones como la del dedo cortado que sigue moviéndose para convertirse al final en un extraño bicho, como la de las risitas de los enanos cadáveres, como la de la bola voladora que mata cuanto ve... Y en absoluto quejarse porque el final de la historia sea un simple sueño, porque eso es típico también ("Alicia en el país de las maravillas", por ejemplo) y no elimina ni uno solo de los aciertos anteriores. Aunque no sea una obra maestra —ni mucho menos—, "Phantasm" es una curiosa muestra del cine fantástico de nuestros días. ■ D. G.

Buck Rogers, el aventurero del espacio

Tras el éxito de "La guerra de las galaxias", han proliferado las películas de ciencia-ficción y, entre ellas, las adaptaciones cine-



"Buck Rogers", de Daniel Haller.

matográficas de los viejos "comics". "Superman", en primer lugar (al que los distribuidores españoles han añadido el estreno de la viejísima "Batman"), y ahora "Buck Rogers", el legendario astronauta que volvió a la Tierra quinientos años después de lo previsto, es decir, en el siglo XXV. Pero mientras que una situación parecida servía en "El planeta de los simios", por ejemplo, para desarrollar una moralista tesis sobre la violencia de nuestro mundo actual, en "Buck Rogers", el anacronismo del personaje no sirve más que para desarrollar una aventura simplona

típica de los "comics" en que se inspira, hasta el punto de que esta película puede ser la primera del género que respeta íntegramente el espíritu de las tiras ilustradas. La misma falta de explicación, de rigor o de lógica: todo es válido y ninguna consecuencia tiene causa comprensible. La relación de las incongruencias de "Buck Rogers" podía hacerse interminable y de hecho invita al espectador a marcharse de la sala. Sin embargo, si se acepta el juego ingenioso que da pie a la película, ésta puede transformarse para el mismo espectador en un "divertimiento" insólito. Porque aquí se dan todos los tópicos conocidos con un desparpajo que supera cualquier pudor; naturalmente, quien quiere dominar la Tierra está rodeado de exóticos orientales vestidos de tártaros; naturalmente, el orden que reina en nuestro planeta es ejemplar; naturalmente, el protagonista nunca morirá a pesar de vivir las aventuras más peligrosas; naturalmente, los cinco siglos que lleva de retraso con respecto al mundo no le impiden entenderlo mejor que nadie...

"Buck Rogers", no obstante, no engaña a nadie, salvo quizá a los indefensos infantes que puedan identificarse con el protagonista y despreciar, por lo tanto, a sus enemigos orientales. Un público adulto amante del género puede sonreírse ante tanto disparate. No hay límites para ello: a un disparate (o una estupidez) sorprendente siguen doscientos más. Sin tregua. ■ D. G.

"Historia de Oliver"

El mundo se había quedado con el alma en un puño cuando vio aterrado que la dulce, ingenua y tontísima protagonista de "Love story" se moría tuberculosa perdida. Han hecho falta algunos años para que el guionista Erich Segal supiera qué hacer con el joven, atlético y dinámico viudo. Segal tenía una grave responsabilidad: informar al mundo del destino de su héroe. No ha eludido el compromiso y ahora nos ofrece esta segunda parte de la historia, donde los ingredientes de la primera han crecido con el tiempo. Si "Love story" podía hacer reír a algunos, "Oliver's story" asegura para ciertas sen-



"Historia de Oliver", de John Korty.

sibilidades las carcajadas más sonoras.

Resulta que Oliver —como todos suponíamos— se quedó muy triste tras el entierro de su joven esposa. No sabiendo a qué dedicarse, se dedica a pobre, aunque él sea —no lo olvidemos— muy millonario. Quiere encontrar así la paz de espíritu que precisa. Pero no tiene suerte porque cuando encuentra por fin a una nueva muchacha que le haga gracia, le sale también millonaria, lo que a Oliver no le gusta mucho, porque él quisiera seguir trabajando de pobre. La linda muchacha, sin embargo, va a cambiarle. No sin esfuerzo, le va demostrando que trabajar de rico también está muy bien. Y se lo lleva a Hong-Kong para convencerle de que los ricos son buenos y que ponen aire acondicionado a los pobrecitos orientales para que éstos trabajen más a gusto.

Oliver va descubriendo las maravillas de la riqueza al tiempo que se enamora más y más de la nueva moza. Perfectamente entregado a sus encantos, decide él también trabajar de rico y dejarse de chorradas. Y los dos, muy felices, comienzan una nueva vida, que, al parecer, va a ser ya totalmente privada. El mundo puede quedarse tranquilo. Erich Segal no amenaza con una tercera parte. Los ricos van a seguir a lo suyo y nosotros podremos dedicarnos a saber cómo va nuestro mundo y cómo solucionamos los problemas que hay en él. Ahora tenemos más fuerza moral para enfrentar esos problemas porque sabemos que Oliver está contento y feliz. Como, además, suponemos que esta nueva mujer le va a durar muchos años, tenemos tiempo suficiente para aca-

bar nuestras guerras, superar nuestras crisis económicas, aprender lo que no sabemos y, en fin, de realizar las tareas propias de los pobres, los ricos y de todo lo contrario. Gracias, Erich Segal, por dejarnos en paz a partir de ahora. ■ D. G.

TEATRO

Reencuentro con Osvaldo Dragún

Del conjunto de grupos presentados en la Olimpiada Cultural de Puerto Rico, el esperado con más interés quizá era el Teatro de los buenos 'ayres, que dirige Oscar Ferrigno. El grupo, que lleva varios meses de gira internacional, vendrá probablemente a España durante la próxima temporada. Lo que es una razón más para que hablemos de él y de su trabajo.

Para quienes se interesaron en el nacimiento del Teatro Independiente argentino —del que, probablemente, heredamos el título con el que se autocalificaron luego nuestros grupos—, el nombre de Oscar Ferrigno ha de ser familiar. El fundó y dirigió el Teatro Popular Fray Mocho, cuyos cuadernos nos acercaron por vez primera a una serie de planteamientos sociales, económicos y poéticos del hecho teatral que luego se repetirían hasta la saciedad. Porque si Brecht es el padre del moderno discurso político-teatral, la verdad es que lo hizo en circunstancias y sobre supuestos prácticos que no se da-